

Como sigue el esclavo á su señor.
Tú mis votos rechazas, y no puede
Lejos de tí volar mi pensamiento:
Ave que ya no cruza el firmamento,
Porque su pluma en la prisión dejó!

XXII.

Yo respetaba, apreciaba esta conducta reservada y tímida de parte de María. Conociendo á fondo su carácter, por aquella facultad que sólo el amor puede prestarnos, de descubrir al primer encuentro, á las primeras palabras que escuchamos, la índole, los sentimientos de la mujer á quien adora nuestro corazón, me explicaba yo mismo la resistencia de esta niña á corresponderme. Educada constantemente al lado de una madre amorosa y vigilante, estaba acostumbrada á que ésta leyera en su corazón sus pensamientos, como en las páginas de un libro abierto. ¿Cómo ocultarle un secreto de tal entidad, que podía ejercer un influjo tan marcado en su suerte futura, cual unas relaciones de esta clase? Y si lo confesaba todo, ¿no debía temer con justicia que su mamá, juzgando en este asunto con el

desapasionamiento propio de la razón, no me hallase digno de su querida hija, ó cuando menos, no autorizase la existencia de un amor que no ofrecía un desenlace próximo y favorable al bienestar de esta niña?

Y una vez alcanzado este desengaño, ¿no vería ya como una falta el pensar en mí, el aceptar mis homenajes? ¿No comenzaría la lucha entre el afecto y el deber? No: era mejor que los días siguieran pasando, dejándole cada uno de ellos algún recuerdo dulce de este amor; trayéndole cada uno nuevas esperanzas: ella me amaba en silencio: yo sufría mucho; mas ella era feliz, y no quería sacrificar su tranquilidad, tal vez para exponerme á mí mismo á una condición peor que la presente.

Mi amor se desarrollaba entretanto, con una fuerza extraordinaria. Todos los días recibía nuevos informes favorables acerca del genio y de las virtudes de María: sus criados la adoraban por su trato moderado y humano hacia ellos; la vecindad estaba encantada con su conversación y sus modales: era la joya con que su familia se enorgullecía... ¡Ay! ¿por qué al trazar con mano incierta estas líneas, saltan las lágrimas á mis ojos? No; aun no es tiempo, corazón: vuelve á so-

ñar con aquellos dulces días, vuelve á oír el metal de voz de la que amabas, vuelve á gozar del fuego de su mirada. Después después, está escrito que yo mismo introduciré el escalpelo en tus heridas demasiado recientes!

XXIII.

Una ligera nube de celos vino por estos días á empañar el cielo sereno de mi amor. Se me aseguró (me lo aseguraba uno de mis amigos) que María trataba á con tan marcadas muestras de deferencia, que él mismo, sin abrigar interés alguno por esa niña, se consideraba comprometido á hacer una declaración amorosa en toda forma, para no estar representando un papel ridículo.

Esto me era demasiado humillante: conocí que no debía volver á pensar en ella; sentí un golpe tan desagradable, tan rudo en todo mi sér, como el que se experimenta al tocar la máquina eléctrica; solamente había de más que, si éste pasa con la rapidez del relámpago, aquél había quedado como reposado en mi corazón. Creí que sería imposible entre los

dolores humanos la existencia de otro mayor que el mío. ¡Cuán poco había adelantado entonces, hace algunos meses, en la carrera del infortunio!

Dejé de asomarme, dejé de verla: ella seguía pasando, seguía buscándome con sus miradas, sin comprender lo extraño de mi conducta. R. . . . , que poseía mi secreto, se encargó de averiguar por sí mismo la realidad: observó con escrupuloso cuidado, y me aseguró que no existía causa justa para abrigar aquella sospecha. Sin embargo, yo continuaba aislado, desesperado. En esa noche nos encontramos María y yo en una reunión pública: al entrar conocí que me había visto, y no separaba sus ojos de los míos: me hice disimulado, no volví á verla en toda la noche, á pesar de hallarse casi enfrente de mí.

Al día siguiente, la criada, sea que se hubiera acostumbrado á que yo le preguntara constantemente por María y le enviara á decir algo por su conducto, ó sea que la noche anterior hubiese recibido encargo de aclarar este misterio, no pudo ya contenerse, y me preguntó la causa de mi reserva. Entonces referí lo que á mi ver eran motivos justísimos de enojo, y mi intento de renunciar á mis esperanzas. Volvió á las dos horas. María

me aseguraba que, si no me correspondía formalmente, era por las causas que me había antes indicado: que podía lisonjearme de poseer su aprecio: que mi sospecha la ofendía, la humillaba. La criada, por su parte, me aseguró de la sinceridad del afecto de María, y de que yo estaba ciego, puesto que no conocía que me amaba, aun cuando no pudiese al presente entrar en mayores relaciones conmigo.

Yo me obstiné en no creerlo así: á mi ver, todo esto no era más que subterfugios de que las mujeres se valen para cegar á sus adoradores, para hacer más patentes los trofeos consagrados á su belleza. Permanecí en este estado de agitación algunos días más. Después que he conocido mi error y lo contados que estaban los instantes efímeros de mi dicha, ¡cómo me he reprochado mi dureza, mi ceguedad! ¡Cómo el pensamiento de que pude haber disfrutado algunas horas más de felicidad, ha venido á asaltar me en los accesos de mi dolor, frente á un sepulcro aislado, solitario!

XXIV

Al cabo lució la aurora de un bellissimo domingo de Enero: se me presentó la criada de María á darme de su parte nuevas explicaciones, y á solicitarlas de la mía; á procurar de nuevo persuadirme de la rectitud de su conducta para conmigo. Yo, que no deseaba ya sino tal oportunidad para reconciliarme, pude al fin respirar, pude engolfarme en aquel mundo de ilusiones, de esperanzas y de felicidad, del cual me desterró por tantas horas mi capricho.

Antes de medio día pasé por su calle: la ví asomada al balcón: sí, allí estaba de nuevo aquella forma divina que ahora amaba yo más que nunca. Pasé cabizbajo, confuso: me había constituido en la situación de un reo que es llevado á la presencia de su juez: cuando alcé la cara á saludarla, me sorprendió lo triste de su expresión, sus ojos llorosos... Entonces sentí mi corazón despedazado por emociones diversas, nuevas para mí: la idea de que yo la había hecho padecer injustamente, me estremecía: el pensamiento de que me amaba, sí, porque aquellas lágrimas me lo indicaban, me aniquilaba de placer. Aquel instante me valió un si-

glo de existencia; pero de aquella existencia que sólo llevan los ángeles, en que el hombre se olvida de la arcilla de que ha sido formado, de los dolores que le cupieron en suerte al emprender la peregrinación de la vida.

A contar desde este momento, María usó de menos reserva para conmigo: pasaba algunas horas en su balcón, y, al retirarse, con un ligero movimiento de cabeza parecía decirme adiós: continuaba admitiendo las flores que le presentaba á mi nombre la criada. Yo, á mi vez, le había rogado que me enviase un rizo de su cabello, ó una flor, una sola flor que la hubiese adornado, y cuya posesión me hiciera más feliz; pero entonces eludía mi deseo con diversos pretextos, y siempre con tanta sencillez y bondad, que era imposible hacer de su severidad un motivo de enojo.

Le remití el periódico en que habían sido publicados todos los versos que más arriba inserté, y ella los aceptó: me lo envió á decir, así como también lo mucho que le agradaron. Confieso que más caso he hecho siempre de las sátiras, que de las contadas alabanzas tributadas á mis ensayos. Los que se dedican á trabajos de pura imaginación, ó de una formación laboriosa, pueden envanecerse del éxito,

pueden emprenderlos, estimulados por la sed de gloria. El que escribe únicamente la historia de su corazón, sus sentimientos más profundos, escribe impulsado por la necesidad de desahogarse; publica por mera rutina. Pero ahora.... ¡qué dulces, qué lisonjeros me eran esos elogios prodigados á mis versos por la diosa misma que los inspiró! Yo sabía que todas las noches dedicaba algunos instantes á su lectura, que los llevaba consigo en un bolsillo de su delantal.

XXV.

Sería á mediados de Enero cuando destiné algunas horas á la pintura, impulsado quizá por mis pensamientos, que exigían algo que los apartase del objeto exclusivo en que se habían reconcentrado. Quise copiar en miniatura una hermosa estampa de "Julien," que representaba á una mujer en el acto de alzar á los cielos su plegaria. Yo he logrado adquirir alguna facilidad en la ejecución de este género de pintura; mas no sé inventar: no se me acostumbró desde el principio á tomar á la naturaleza por única guía en mis

ensayos; únicamente se me enseñó á copiar de otras pinturas: quizá poseo el gusto, pero no el genio del arte.

Puedo asegurar que por esta vez no tomé del original sino las proporciones, la actitud; desdeñé la expresión y el colorido. Tenía formado en la cabeza un ideal; le trasladé al marfil; y, ¡cosa rara! estando mi imaginación ocupada con el recuerdo de María, nada sacó mi obra que tuviera semejanza con su belleza física; formas, colorido, todo era diverso, quizá los ojos se parecían, pero muy ligeramente; sólo los afectos más nobles de su alma, el amor, la piedad, tenían en mi obra un sello visible y enérgico. Yo no sé si el cielo dirigió mi mano aquí, sabiendo lo presto que debía desaparecer aquella forma bella y deleznable; la próxima libertad de una alma que debía abandonar el mundo demasiado temprano.

.....
Muchas veces había rogado á María que me enseñara sus dibujos: ella se había resistido durante mucho tiempo, so pretexto de que eran aun muy imperfectos: últimamente condescendía, bajo condición de ver primero alguna obra mía, y le envié esta miniatura, que estuvo pocas horas en su poder. Un ligero dolor

de cabeza le ofreció disculpa para retirarse del comedor á la hora del almuerzo: encerróse en su cuarto, y estuvo mirándola un largo espacio de tiempo. Cuando me fué devuelta, no me cansaba de besarla: no quería que otras manos la tocaran, porque no perdiera el talismán de su virtud. Después, cuando María estuvo con su mamá á visitar á mi familia, y vieron algunas pinturas, ¡qué mirada tan dulce de inteligencia me dirigió al tomar en sus manos la miniatura que secretamente había tenido antes en ellas!

— —
XXVI.

Es imposible que me lo oculte á mí mismo: extendiendo demasiado mis apuntes al tratar de esta época de mi vida; me difundí en detalles que aburrirían al más pacienzudo lector, si estas líneas estuvieran destinadas al público. Un espíritu de egoísmo me hace dejar para más tarde, lo más tarde que sea posible, el relato de mi desventura. Pero, en adelante, qué pocas páginas puedo ocupar con recuerdos dichosos!

Y sin embargo, gozaré de lo que me

resta. Ved un hermoso día de Febrero: el sol está en su zenit, bajo el pabellón azul de los cielos, sin nubes que empañen su luz abrasadora: giran parvadas de garzas reales á considerable altura: el campo dibuja sobre el horizonte sus árboles más añosos y gigantescos. Ante una perspectiva tan bella, bajo la influencia de los sentimientos más dulces del corazón, nada falta al complemento de mi felicidad "Ella" está aquí, á mi lado.... su voz trémula é infantil hiere mis oídos.... Sus ojos reaniman en mi alma el fuego de adoración.... Estamos en una cita, puedo llamarla así, porque, por medio de la criada, convenimos en visitar esta casa á una misma hora. María aprende con la señora ciertas labores; mas apenas ha comenzado, cuando se le rompe la aguja... ¡feliz casualidad! Pide otra á la señora, y, como no la había en aquella recámara, fué preciso ir á buscarla en la contigua y dejarnos solos.

María pareció cortada, yo le dirigí palabras de amor: un carmín bellissimo coloreó al instante sus mejillas pálidas. Cuando la señora volvió con la aguja, ella no podía aun reponerse de su turbación: seguimos hablando sobre cosas indiferentes, y á poco me despedí. Aquel fué uno de los más felices días de mi vida.

XXVII.

Por entonces estuve enfermo del pecho. Sea por efecto de algún descuido, sea por la influencia que ejercen en lo físico las emociones demasiado fuertes, mi dolencia tomó un aspecto más serio y se hizo necesario atenderla. Se me pasaron muchos días sin poder gozar de la vista, de la conversación de María. Asistió al último baile de máscaras, y yo tuve el sentimiento de no corresponder á su aviso presentándome en la reunión: esa noche me sentía peor, y estaba, además, irritado, celoso de que otros gozaran de una compañía por la que hubiera dado muchas horas de mi vida. En los días posteriores, María continuaba yendo á casa de las Sras..... pero yo no quise volver á presentarme tan presto: temía que esta familia, á quien aprecio sinceramente, sospechase que iba tan sólo atraído por María.

Mi enfermedad comenzó á ceder: salía por las tardes á respirar el aire del campo; las noches de luna eran bellísimas, y María pasaba por mi calle acompañada de una amiga suya..... ¡Dios mío! ¡Ella!..... ¡siempre ella en el pensamiento!

XXVIII.

Ayer he recibido la colección de poesías del señor Carpio. La he leído con avidez, porque hace tiempo que venero el nombre de este poeta, como pueden ser venerados los nombres de Herrera y de Rioja. Estando últimamente en México, la primera noche que concurrí á la Academia Literaria de Letrán, me simpatizó un anciano que estaba no lejos de mí, rodeado de la brillante juventud literaria que le oía con respeto: su conversación era concisa, su fisonomía apacible. Cuando leyó dos magníficos sonetos intitulados: "Visión de Bruto" y "Despedida de Héctor," pregunté precipitadamente su nombre. Era Don Manuel Carpio.

Repito que he leído con avidez su colección de poesías: he admirado en ellas la originalidad de estilo, la valentía de pensamientos, la religiosidad que respiran, y, sin embargo, no he quedado satisfecho, quizá por el estado de mi corazón.

A un hombre dotado de sensibilidad, de talento, dotes que constituyen el ingenio, siempre cupieron en suerte grandes pasiones; y el nacimiento de éstas, su desarrollo, su desenlace, forman la pági-

na más interesante de la poesía. ¿No ha amado el señor Carpio? ¿No ha gozado en la tierra días serenos y dichosos? ¿Nunca le ha herido el infortunio en sus más bellas esperanzas? ¿Nunca ha morado el dolor bajo su techo? Y si no fuere así, ¿dónde está la expresión de estos sentimientos, el grito de júbilo del que goza, el ¡ay! desgarrador del que pena? ¿Dónde están los afectos santos de la familia, cuyo recuerdo no abandona al guerrero en la confusión del combate, ni al náufrago cuando lucha con las olas?

Callaré, sin embargo, porque, casi al concluir el tomo, he leído una bellísima composición erótica, intitulada: "El Turco." ¡Qué facilidad en el lenguaje! ¡qué delicadeza y ternura en el fondo! Esta sola composición vale por todo un volumen de poesías de este género:

Nunca jamás me olvidaré en mis días
De cuando hablamos por la vez postrera.
"¿Me olvidarás por otra?" me decías:
"¿No llorarás por mí cuando me muera?"

¿Por qué encuentro un encanto tristísimo en estos versos, que me obliga á leerlos repetidas veces, y á recitarlos de memoria á cada instante? ¿Será un vago presentimiento de mi destino? ¡Acaso la

ausencia... la muerte! ... No: no hay que pensar en eso; gocemos de la dicha presente. Dentro de una hora estaré á tu lado, querida niña. ¿No vas á oír á Coenen?

XXIX.

Está la noche serena, deliciosa: un vientecillo sureste agita armoniosamente las copas de los naranjos: la luna, sin alejarse demasiado del Oriente, navega en el piélago azul de los cielos.

Una multitud de gente ocupa silenciosa todo el largo de la calle. ¿Quién es aquella joven que, acompañada de otras personas, se acerca con paso ondulado y gracioso? No se distinguen sus facciones: hiérela por detrás la luna, proyectando en el suelo su forma bella como la palma querida del árabe. ¡Oh! nunca estuvo María tan hechicera, tan espiritual, como en esta apacible noche.

Mas ¿qué murmullo de agitación se levanta entre la concurrencia? Le sucede silencio profundo: no escucha cada cual sino su propia respiración...

De repente, un gemido dulcísimo hiere el espacio, haciendo estremecer de emo-

ción á más de novecientas personas: después se pierde este gemido en mil diversas modulaciones.

Es el sonido de la voz humana cuando habla con indiferencia: es el sollozo de la mujer que llora suplicandó; el acento del hombre cuando las venas de su frente aparecen hinchadas por la ira: la voz de la brisa entre los árboles, el bramido de la tempestad, el murmurio monótono de las aguas. En el idioma del alma significa el recuerdo de lo pasado, la esperanza de lo futuro: la tranquila infancia con sus juegos, y su inocencia y sus llantos fugaces, preludio de las lágrimas que después vertemos: el noble orgullo, la gloria á que puede aspirar el alma que no se siente creada para vegetar inútilmente en el fango del mundo.

.....

Calla la voz: la luna continúa su curso tranquilo rompiendo grupos de fantásticas nubes: la brisa gime entre los naranjos y limonares

Y allí, en el interior de una sala, está Franz Coenen, el que, á la edad de veintidós años, roba á su violín esas armonías que nos deleítan.

“Ave de paso en extranjero suelo.”

ha ceñido entre nosotros sus primeros laureos: vuelve á su tierra natal, llevando consigo un nombre glorioso y la perspectiva de un porvenir todavía más grande, más glorioso!

La luna prosigue su carrera: los vientos se adormecen.

Mi corazón palpita violentamente... María está cerca de mí.—¡Qué noche aquella! Si entonces me hubieran dicho que cuatro días después, la muerte había de segar en flor todas mis esperanzas: que ya el sepulcro se abría para recibir aquella forma encantadora, que había venido á darme el postrer adiós en aquel sitio, ante el espectáculo grandioso del plenilunio, con las melodías dulcísimas de Coenen, no lo hubiera creído: porque cuando el hombre es demasiado feliz, se resiste á creer en otra situación de su vida, que no sea la presente.

XXX

A la siguiente mañana, muy temprano, supe que María estaba enferma: había ido la criada á media noche por el facultativo, quien, después de reconocerla, declaró que tenía fiebre escarlatina. La vie-

ja parecía alarmada, temerosa de la enfermedad. Yo tenía en mis manos varias flores y papeles que iba á enviar á María. Mucho me desazonó la noticia; pero nó creí que aquello tuviera consecuencias funestas: no podía asociar la idea de su estado actual de gravedad á las hondas impresiones de dicha que había experimentado mi alma en la noche anterior. Hice á un lado las flores y los papeles: dediquéme á multitud de negocios materiales que impidieran al pensamiento enseñorearse de mi cerebro. Por la tarde hallé un recurso en el sueño: consideraba que aquello pasaría presto; mas yo no encontraría sosiego mientras se hallara María en una situación peligrosa.

Al día siguiente tuve noticia de ella, luego que amaneció: había pasado una noche tranquila: más tarde hablé con el facultativo, quien me aseguró que el caso no presentaba un carácter alarmante. Dormí casi todo el día: por la tarde vino F... á visitarme, para que le acompañase al paseo: no pude complacerle, porque me sentía muy agitado. Cada tres ó cuatro horas recibía noticias de María: en aquella noche había crecido notablemente la calentura: el médico, sin embargo, afirmaba que no había peligro.

El tercer día, sábado, se me hizo muy

largo y penoso. La pobre niña se conservaba sin presentar señales de alivio. Yo tuve que entender en multitud de insignificantes negocios, que tratar con gentes ajenas á los dolores de mi corazón: por la noche, temprano aun, me fué imposible dormir, y, queriendo huír de mis presentimientos, salí á la calle. Al pasar frente á su casa, ví la vidriera de su recámara iluminada por la luz interior; algunas sombras de mujeres sentadas se proyectaban en los cristales: todo indicaba la quietud. Cuando volví á pasar, al retirarme á casa, ví todo en el mismo estado: llegué con la esperanza de tener mejores nuevas por la mañana: murmuré algunas oraciones cortas, con distracción, y me quedé profundamente dormido.

XXXI.

“Sigue mala, muy mala..... se muere!” Tal fué la contestación que dió la criada el domingo siguiente, á una infinidad de preguntas que yo le hacía. Un fuerte calorfrío recorrió instantáneamente todo mi cuerpo.... Me dominé, sin embargo; procuré disipar los temores de

aquella mujer, cuando comenzaban seriamente á apoderarse de mí mismo. Todos los demás avisos que me dió durante la mañana, fueron igualmente funestos. Tal vez hoy hacía crisis la enfermedad; tal vez se salva!... Sí, todo esto y mucho más podía pensarse; pero yo tenía ya el dardo de mi desgracia clavado en el pecho: había presentido su muerte.

¡Entonces experimenté un dolor tan grande! Se moría esa niña querida, sin que me fuera dado cerrar sus ojos al sueño eterno, teniéndola en mis brazos al expirar. Sus últimas palabras, su postrera respiración debieran ser recogidas por el hombre que aspiraba á su mano; para quien, llevándola por compañera, la vida hubiera sido un cielo. ¡Y yo no podía siquiera poner los pies en el umbral de su puerta, cuando no le quedaban sino muy pocas horas de agonía, porque no visitaba la casa: su familia ignoraba nuestras inocentes relaciones!

La mañana había estado sofocante: el sol de Marzo brillaba desde un cielo caliginoso, que le prestaba un aspecto siniestro. Por la tarde quise permanecer en casa; pero vino P.... y me forzó materialmente á salir. Fuimos al campo: algunas aplomadas nubes que se agrupaban bajo el cielo del paisaje, comunicábanle

sú tristeza. Era un valle formado por tres pequeñas colinas coronadas de árboles; no llegaba aquí el menor bullicio del mundo.

Mis pensamientos dominantes me llevaron á meditar, en esa ley inmutable de destrucción que impera sobre los objetos que puede contemplar nuestra vista en el suelo, en este suelo hospitalario que nos ofrece un lecho de descanso al fin de la peregrinación. Ví á la mariposa romper su capullo oculto en el seno de una flor: aquella se lanza al espacio con su vuelo desigual, cuando ésta ya desaparece, desecha por el viento. . . . ; Feliz mariposa! Tal vez abandonando esta tierra de maldición prolongarás hasta lo infinito tus días. . . . Pero allá va tras ella un pájaro más veloz que el viento: la mariposa huye, aunque tarde; el pájaro la apresó con el pico, y desciende ufano en su crueldad. Esta es la ley del más fuerte: así prosperan en la tierra los malos, mientras los buenos sucumben. Mas he aquí un cazador, que acecha con ojo de águila al pájaro implacable. . . . le apunta con su arma, sale el tiro, y el pájaro queda sin vida.

Todo muere, todo desaparece, todo es sueño en la vida; no hay sino una realidad: el dolor. Absorto con estas ideas.

seguidamente me hirió el recuerdo de mis días más tranquilos, de todos los sueños de felicidad que había alimentado: esto era un sarcasmo en mi estado presente. Sólo contemplaba el lecho de angustia donde pasaría unos instantes más la que por primera vez inspiró á mi corazón un amor verdadero. Y, muerta ella, no comprendía que lazo alguno me pudiera ligar á la tierra, hacerme soportable una existencia odiosa. Pesé en mi mente los grandes estimulantes de la vida: la gloria, el placer; y estas palabras no hallaron eco en mi corazón; murieron como el grito del árabe en los arenales.

XXXII

A las siete y media de la noche se me presentó la criada con semblante demudado.—¿Cómo sigue, cómo?—Se muere; está acabando—me contestó, y rompió en llanto. Media hora antes había tenido lugar una junta de médicos: se ordenó una sangría; mas al picar la vena, no salió una sola gota, porque este jugo de la vida estaba estancado: el árbol debía perecer.

Se llamó á un sacerdote, el que vivía